

COMUNIÓN *Solidaridad*

— www.solidaridad.net —

26 de abril de 2009

Evangelio según San Lucas (24,35-48):

Así estaba escrito: el Mesías padecerá y resucitará de entre los muertos al tercer día

En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: "Paz a vosotros." Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. Él les dijo: "¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo." Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: "¿Tenéis ahí algo de comer?" Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: "Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse." Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió: "Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto."

AVISOS DE LA PARROQUIA



— El Rebuzno —

Aunque la Iglesia defienda la sacralidad de la vida del embrión en potencia a partir de la fecundación, nunca comparó el aborto con el crimen de infanticidio, ni prescribe rituales fúnebres o el bautismo in extremis para los fetos abortados.

Frei Betto

— Con Cabeza —



El nacionalismo y el internacionalismo son dos cosas incompatibles.

V. Camps

Pablo de Tarso: fuerza de Dios

Por Manuel Pérez Tintero

Al pasar de perseguidor a apóstol, Saulo de Tarso no perdió su celo y su ímpetu. Cambió la dirección de su pasión desde la Ley hacia Jesucristo, pero siguió siendo un hombre con fuerza y arrojo, con entrega apasionada por aquello en que creía. Por eso, su conversión fue también una experiencia de fuerza: la fuerza del Resucitado que lo derribó para que pudiera comprender el poder de la cruz y de la verdad más honda de Dios.

Saulo de Tarso, san Pablo, fue un hombre de pasión y fuerza. Pero no lo fue solamente desde su talante más humano: fue también testigo de la fuerza de Dios que se revela en el evangelio de Cristo. Lo dice en el texto más importante de sus escritos: la carta a los Romanos. Esta epístola está estructurada según los modelos de la retórica antigua. La tesis principal, o propósito, está en los versículos dieciséis y diecisiete del capítulo primero. Ahí, en la tesis principal de su carta más importante, san Pablo define el evangelio como fuerza de Dios para la salvación de todos. Eso es lo que él intentó vivir y extender durante toda su vida: la fuerza de Dios que salva. Su evangelio no era palabra vacía, ni información teológica sobre Cristo, ni discusión de escuela frente a otras sensibilidades creyentes: el evangelio es la presencia real de la fuerza de Dios que salva. Predicar no es transmitir conocimientos ni ofrecer caminos éticos: es hacer presente la salvación de Dios. En la Buena Nueva de Jesucristo resucitado aparece de forma definitiva la fuerza de la palabra, una fuerza que ya intuyeron los literatos de todos los tiempos y que los profetas de Israel pudieron experimentar también en su propia carne.

San Pablo supo aprender que esta fuerza de Dios se realizaba en la debilidad. Lo aprendió de Cristo mismo, la Palabra encarnada: es en su cruz, en su derrota, donde aparece la omnipotencia de Dios. Frente a la sabiduría pretenciosa de los griegos o el deseo de signos deslumbrantes en los hijos de Israel, Cristo había muerto en la cruz para revelar la sabiduría de Dios y vencer a los enemigos de la vida. Es la paradoja que Pablo mismo persiguió, pero de la que se convirtió en apóstol cuando se encontró cara a cara con ella, cuando pudo ver con sus ojos al Hijo crucificado que vivía para siempre y que gritaba su debilidad con las palabras de sus discípulos.

Mirando a Jesucristo, San Pablo comprendió para siempre los caminos de Dios. El Hijo se ha hecho Siervo, el que es rico se ha hecho pobre para enriquecernos con su pobreza, el Santo se ha hecho pecado para rescatarnos del castigo, el Sabio se manifiesta en la aparente necedad para mostrarnos el camino de la verdadera sabiduría.

Este evangelio de la fuerza de Dios que se hace pequeña para vencer, esta verdad que resplandece en el rostro del Crucificado, ha de transmitirse también desde la debilidad y la pequeñez.

Pablo fue impetuoso, pero también débil. Quiso librarse de su debilidad para servir mejor al evangelio, pero el Señor le manifestó que la debilidad es necesaria para traslucir la gracia en medio de la predicación. En Corinto y en todas las ciudades, no se presentaba lleno de sabiduría humana y de signos maravillosos: se presentaba débil, tímido y tembloroso, con palabras que se apoyaban en el poder de Dios, en la fuerza invisible del Espíritu. Porque no es la palabra de Pablo la que salva, no es su convicción la que convence, no es su autoridad la que sostiene la fe de los creyentes: es la fuerza de Dios que resplandece en su debilidad, como un tesoro que se transmite en vasijas de barro para que aparezca en toda su belleza.

Toda la fuerza de Pablo se puso al servicio de los débiles, porque encontró en la debilidad de Cristo la verdad más honda de la fuerza de Dios: ahí reside nuestra posibilidad de salvación. Una salvación cierta, porque se apoya en el misterio del amor de Dios. Pablo supo muy bien que nada podrá apartarnos de ese amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, porque se encontró con él en el camino de Damasco y cambió el rumbo de su pasión. ❖